

CARTAS DE LA CONDESA

(Para el DIARIO DE LA MARINA)

UN EPISODIO SENTIMENTAL EN LA VIDA DE LA AVELLANEDA

Por tratarse de un escritor antillano tan eminente como "Tula," del primer poeta lírico cubano, me ha parecido digno de interés para los lectores del DIARIO DE LA MARINA recordar lo que nadie ó casi nadie ha comentado aquí; la publicación—¿pero puede llamarse esto publicar?—de un tomito que contiene la autobiografía y cartas de la Avellaneda, arrojando luz sobre el período, mal conocido hoy, de los primeros años de tan insigne mujer.

He dicho que no sabía si esto era publicar, y explicaré la restricción. El libro á que me refiero, no se vende, y la edición ha sido de trescientos ejemplares. Está impreso en Huelva, y dentro de poco será una rareza bibliográfica.

Antes de entrar en el exámen del curioso libro que evoca la figura juvenil de la gran poetisa, digamos algo de ella. Parecerá inútil, en la tierra natal de "Tula," esta reseña; pero es lo cierto que nada se olvida, ¡ay! como la gloria, y que casi nadie sabe quiénes fueron los que acaso sacrificaron entera su vida al afán de no ser borrados del libro de oro de la humanidad....

Yo he sido amiga de personas que lo fueron de la Avellaneda, y estaban contestes en que la fama de la poetisa fué comparable á la de don Juan Nicasio Gallegos, D. José Espronceda y don Gabriel Tassara; sólo Zorrilla pudiera disputarle la primacía del laurel lírico. Con su ortografía deficiente y su probable pronunciación cubana, la Avellaneda no tiene rival en el conocimiento y manejo del habla castellana más sonora, y sin vacilar podemos incluirla entre los modelos clásicos del idioma, (en el período que alcanzo.)

Aunque este período fué el romántico, tal vez "Tula" no deba contarse entre los secuaces de la escuela. Su inspiración parece pertenecer al cla-

sicismo, en el cual se hubiese mantenido Espronceda también, á no influir en su poesía las tempestades de su alma. No faltaron agitaciones y oleajes en la de "Tula," pero es principalmente en sus cartas donde hay que buscar lo que padeció de "enfermedad del siglo" la famosa hija de Puerto Príncipe.

Al decir "en sus cartas," no me refiero solamente á las que contiene esta correspondencia que tengo á la vista sino también á otra que existe en el Museo llamado de Romero Ortiz, y en el cual se conservan objetos de indumentaria, y autógrafos, que envuelven recuerdos de valía para la historia literaria, política y militar española.

En ambas correspondencias se patentiza el modo de ser de la Avellaneda en lo sentimental amoroso, y se evidencia que, á causa de este modo de ser, propiamente romántico, el amor debió de representar en su existencia una serie de sufrimientos, desencantos y caídas de las nubes al fango terrestre, rompiendo y manchando en ellas alas purísimas de un ardoroso ideal. En ambas correspondencias se descubre el mismo anhelo de sublimar la figura del amado, convirtiéndole en algo superior, extraordinario y hasta divino. Sin vacilar, en la correspondencia que á la vista tengo, llama al señor don Ignacio de Cepeda "su Dios." Y no es una frase tierna como muchas que se profieren hiperbólicas mediante el cariño; no; Gertrudis veía realmente algo sobrenatural en las personas á quienes quiso con amor más allá de lo humano. Por eso fué infeliz y por eso son bellas sus cartas.

Claro es que, mirando á sangre fría estas cosas, hay que sonreír. Y la sonrisa se acentúa, cuando analizamos á los hombres á quienes "Tula" atribuía condiciones tan excepcionales. Los dos que recibieron las efusiones de las correspondencias que conozco, no pasaron realmente de ser unos estimables señores, el uno conocido en la política y en la administración; el otro muy digno de respeto en sus trabajos de agricultura y de economía política, como entoncees se decía. Ninguno de los dos, sin embargo, se parece al tipo del sublime héroe pasional que "Tula" sueña. La condesa que

aquella fantasía de fuego coloca en torno de las frentes, se despegan de ellas como una corona de oro de las sienas de un plebeyo. En suma: Gertrudis, al sentir el personaje, lo saca de sí misma; lo fabrica, lo crea, y pudiera decir, yendo más allá que el filósofo alemán, cuando afirmaba que "el yo se pone á sí mismo" que no sólo se pone á sí mismo, sino que pone también al no yo.

Al desplegar tan viva fuerza de idealización, á la cual la realidad no correspondía, "Tula" revelaba la mezcla de dos elementos unidos é influyentes en su alma combustible: la sugestión de su época literaria, el romanticismo, y las reminiscencias de la tierra natal, de la Antilla en que el sol incendia la sangre. Merced á las dos corrientes, la melancolía romántica y la exaltación de las pasiones bajo el clima tropical, "Tula" fué tan magnífico caso de sentimentalidad literaria, muy oculta (hay que decirlo) en sus novelas, apenas revelada en sus versos, y plenamente desarrollada en sus correspondencias amorosas.

Aquí sería ocasión de hilvanar disquisiciones psicológicas sobre la naturaleza de ese terrible padecimiento, de esa psicología que se llama amor. Hay quien sólo admite como amor legítimo el amor exclusivo, unipersonal—ejemplo, doña Juana de Castilla, llamada la "Loca."—Amar dos veces no es amar, creen los que así opinan. Pero igualmente se podría sostener lo contrario, sobre todo en espíritus como el de la Avellaneda.

Supóngase una naturaleza soñadora, un alma de mujer, cuyas facultades de entusiasmo no encuentran alimento en la vida diaria. Lo que busca en el amor, es ese mismo ensueño, que ella lleva dentro de sí. Afanosa de encontrarlo, presta á un sér (que no se diferencia del común de los mortales) cualidades extraordinarias que solo existen en la imaginación de quien se las otorga. Llega un momento en que al ídolo se le cae el dorado, y la que se postraba ante él, no sólo no le cree Dios, sino que le desdena como hombre, perdiendo no su ilusión, sino la parte de ilusión que en aquel sér había cifrado. De nuevo la busca en otro sér. Esta vez sí que habrá acertado.... Otro desengaño, otro dolor, pero otra ilusión preparada ya. En todo ello no hay cambio: el espíritu es fiel á sí mismo. Y ser fiel á sí mismo, es acaso la única fidelidad verdadera.

Seguramente se descubre en las cartas de la Avellaneda este fenómeno moral. Yo siento no poder hacer como la buena sociedad de Sevilla, que, nos dice el ilustrado profesor de Huelva don Lorenzo Cruz de Fuentes, "admiraba" á don Ignacio de Cepeda, el ídolo de "Tula." No veo en este caballero nada de admirable, aunque le reconozca las condiciones de joven, bien nacido, culto, elegante y rico por su casa. Son realmente las prendas de un buen marido; pero ni responden al ensueño, ni parece deducirse de la correspondencia que nunca se tratase de matrimonio entre la bella é inspirada cubanita y el noble hacendado de Osuna.

Lo más notable que encuentro en el protagonista de la novela amorosa de Tula, es el descender directamente de la familia de Santa Teresa de Jesús. Todo lo demás de su sutil y sosegada vida no corresponde al tipo del hombre que pudo arrebatar la cálida imaginación de la eriolita.

Así es que no nos sorprende cuando Tula declara que el ídolo cayó de su profanado altar y se destruyó el culto. No podía ser de otro modo. La personalidad de don Ignacio de Cepeda era, (en medio de condiciones distinguidas), llana y prosaica; y Tula, lo repetimos, en el terreno pasional, aparece como maravilloso ejemplar de romanticismo.

Con entera sinceridad creía Tula ver en don Ignacio Cepeda á un hombre extraordinario. Y que mucho, si la esposa, hoy viuda, del mismo señor, cree tal vez lo propio, aun no teniendo probablemente la volcánica fantasía de la poetisa antillana. Esta digna señora, editora de las cartas de Tula, les agrega una biografía ó necrología del esposo, destinada á demostrar que reunía grandes prendas, y á que su figura no quede eclipsada por la inmortal figura de su corresponsal la eminente epistológrafa. Naturalmente no lo consigue, pero su intento es simpático, nace de amor, de donde nacia igualmente el error de Tula...

Yo creo que lo más honroso para la memoria del señor Cepeda, no son sus cargos de consejero ni sus estudios sobre la defectuosa constitución de los Estados pontificios ó sobre las cartillas evaluatorias; y casi diría que valiera más que todo esto, (en otro caso muy oportuno), se quedase en discreta penumbra, tratándose de lo que se trata. Nuestro encanto sería mayor si todo lo ignorásemos respecto al hombre por quien exclamó la vibrante musa de la Avellaneda:

Porque era, no hay duda, tu imagen
 (querida que el alma inspirada logró adinar...
 aquella que, al alma feliz de mi vida...
 miré para nunca poderla olvidar.
 Por tí fué mi dulce suspiro piñero;
 por tí mi constante secreto amelar...
 y en balde el destino, mostrándose fiero,
 tendió entre nosotros las olas del mar.

Estos versos y otros no menos hermosos, son lo único que debiera grabarse sobre la ignorada sepultura del amigo de la Avellaneda.

Por lo demás, tenemos que agradecer mucho á la señora doña María de Córdoba y Govantes, viuda de Cepeda, que nos haya hecho conocer la primorosa autobiografía que la poetisa escribió para que la leyese su esposo. En ella existen datos preciosos para los que con el tiempo, estudian esta gran figura literaria.

Suele decirse que, hasta involuntariamente, las autobiografías no son fieles, ni relatan la verdad. Yo sostengo lo contrario. Ninguna autobiografía es tan engañosa como puede ser la murmuración. Cada cual dice de sí lo que más se parece al tipo que nos forjamos y al cual deseáramos parecernos exactamente; y ya sólo con este deseo llamamos tanto de nuestra alma, que no hay confesión más elocuente ni más verídica. En cambio, la murmuración desfigura por completo los caracteres, y les roba su personalidad, su realce, su sentido humano, como la caricatura quita á la fisonomía lo que hay en ella de más expresivo tal vez. Tula, además, no se retrata con excesiva complacencia. Lo que dice de su niñez es natural y sencillo. "Mostré desde mis primeros años afición al estudio y una tendencia á la melancolía. No hallaba simpatías en las niñas de mi edad." ¡Pudiéramos adivinarlo! Estas infancias "rêveuses" son las de los individuos superiores. . . . Es la inquietud de la adolescencia, que en los privilegiados reviste esta forma, noble y gentil. Otro rasgo sincero es el de contar como, para rodear al marido que le estaba destinado, la imaginación de Tula tejó su tela de oro, y por un procedimiento análogo al aplicado á Cepeda, se persuadió de que "su carácter era noble, grande, generoso y sublime" prodigándole "ideales perfecciones" y viendo reunidas en él todas las cualidades de los héroes de sus novelas favoritas: el valor de un Orondates, el ingenio y la sensibilidad apasionada de un Saint Preux, las gracias de un Lin-

dor y las virtudes de un Grandison. Claro es que la soñadora no tarda en caerse de su Clavileño y darse cuenta de que "su talento era muy limitado, su sensibilidad muy común, sus virtudes muy problemáticas. No sólo el prometido dejó de parecerle aquel sér de excepci6n, sino que le encontró "odioso y despreciable." Y añade la poetisa á rengl6n seguido: "Mi gran defecto es no poder colocarme en el medio y tocar siempre en los extremos."

Entonces, después del primer desencanto, empieza para Tula la nueva inquietud en pos del quimérico objeto de sus ansias. "Creí verle en el Sol y en la Luna, en el verdé de los campos y en el azul del cielo." He aquí el lazo que une al amor humano con el misticismo. Por eso acertaron las Teresas y las Brígidas, cuando comprendieron que tal género de amor no puede cifrarse en un hombre de carne y hueso. Tula se equivocó. Nos habla de sus delirios, de sus calenturas, en términos que no hubiesen desdeñado las Lelias y las Indianas de Jorge Sand. La autobiografía, interesantísima, narra los tempranos desengaños amistosos de Tula, su venida á España, sus disgustos de familia, sus amóricos con un Ricafort á quien yo jamás había oido nombrar, á pesar de que esta aventura sucede en la Coruña, donde he nacido y donde la poetisa desembarcó. Este Ricafort, que estuvo á punto de casarse con la Avellaneda, era militar, bueno, corto de luces: no parece que Tula le haya convertido en ídolo. La frase con que le despide es esta: "Marché con mi hermano á Lisboa. No he vuelto á saber de Ricafort."

Cepeda ocupa en realidad lugar preeminente en la vida de la poetisa. Se advierte, que él no se dejaba arrastrar por la impetuosidad de su amiga; que, reservado y hábil, sorteaba los peligros de la intimidad con una mujer tan exaltada, y que, acaso no muy prendado de ella, la daba rivales, dedicándose á coquetear con las sevillanitas. Todo esto quizás fuese parte á aumentar el interés de Tula, y á que tardase en convencerse de que tampoco era aquella su definitiva cristalización de ensueño.

Ella percibía el recelo indefinible con que se le acercaba el joven hacendado de Osuna, y se lo decía en una de sus cartas: "Me temes, Cepeda, temes que me poseione yo de tu corazón."

La observación era sagaz. Cepeda comprendía que Tula y él eran seres distintos, de otra esfera, de otra raza; y, puesto á rogar, rogaba que no usase la poetisa "expresiones que conmuevan demasiado y hagan mucho daño." Un amor más tranquilo, más normal, más equilibrado, es lo que buscaba Cepeda; quizá, sin dejar de envanecerle en el fondo, le alarmaba ser para Tula "el ángel de su destino." "Su Dios sobre la tierra." La oposición de los dos caracteres, ella toda lava, llama y sentimentalismo, él todo mesura y calma, hace deliciosa esta correspondencia, pues aunque no sabemos lo que él respondía, en las quejas y ternezas de ella le vemos retratado de cuerpo entero. "¡Qué tibio galán haceis!" exclama Tula en un momento de lucidez humorística.

Habría que llenar dos ó tres crónicas para estudiar bien la rica trama de sentimiento que las cartas ofrecen al psicólogo. Las cartas abarcan un largo período de la vida de la insigne mujer, desde 1839, hasta 1854. La última indica la persistencia de un afecto noble de Tula. Cuando el "ídolo" la recibió, tenía ya concertada su boda con la señora que es hoy su viuda. Aquellos dos individuos tan desemejantes fueron por su camino cada cual. Pero nadie que lea la correspondencia dejará de consagrar toda su simpatía á la "franca india, á la semisalva-je, que no supo jamás ser coqueta, ni aún ser cauta" y que, (á la vista está), le venía muy ancha al tímido y burgués señor Cepeda.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

Mm
Jul. 24/10